

# DIALOGO CON JULIO C. TELLO

ENTREVISTA DE  
RAFAEL HELIODORO VALLE

Los estudios antropológicos que en México se están organizando, permiten confiar en que en este ramo de disciplinas científicas será posible competir dignamente con los hombres de estudio de los Estados Unidos. Los nombres de Caso, Gamio, Palacios, Noguera, Marquina—entre otros—, son ya una firme seguridad.

No es un problema, sino un nudo de problemas, lo que implica la investigación y compulsa de datos e hipótesis para desentrañar si hay nexos efectivos entre las culturas precolombinas de México y Sudamérica. Sin embargo, algunos de los testimonios de que se dispone hoy, permiten atreverse a creer que la peruana es la más antigua. En la comarca andina sudamericana está la cuna de las principales plantas silvestres de que proceden las que hoy se cultivan y allá también los animales que enriquecen la actual economía americana.

Los investigadores científicos necesitan respirar en una atmósfera no contaminada por la política al uso, ni menos depender de los vaivenes a que ésta se ve continuamente sometida. Por eso urge la emancipación de los estudios antropológicos, siguiendo el ejemplo de lo que se hace en los Estados Unidos.

A tres conceptos de vital importancia—que seguramente incitarán a que se les medite con la prudencia que toda gran tarea humana exige—se reduce, en último término, el diálogo que tuve con el doctor Julio C. Tello, uno de los investigadores más serios con que cuenta la América Antigua y que ha concentrado en el Perú sus especulaciones de amplitud y hondura. Era de todo punto atrayente una charla con él, a su paso por tierras mexicanas, a las que ha venido en solicitud de nuevas luces para comprender la gran realidad de esta América rica, que está unificada en el pretérito, a pesar de lo perentorio de las hipótesis, porque los testimonios que van apareciendo permiten esclarecer ángulos que parecían condenados a permanecer sumidos para siempre en la sombra.

Concurren en el doctor Tello calidades de catedrático y de investigador, ya que actualmente profesa la cátedra de Arqueología Mexicana en la Universidad Mayor de San Marcos, de Lima, y es el fundador y organizador de los museos más importantes con que cuenta el Perú: el Nacional de Arqueología y el de la Universidad.

A su llegada a México, poco después de haber visitado varias instituciones americanísticas de los Estados Unidos, ha querido conocer los monumentos que mejor representan el pasado precortesiano de México y especialmente presentar respetos a sus colegas de aquí.

—Fui invitado—me dice—por el Instituto Arqueológico de América y por la Universidad de Nuevo México, para sustentar un curso de Arqueología Peruana, en la estación arqueológica del cañón del Chaco, que cuenta con un personal de 20 profesores e instructores y como 80 estudiantes que acuden de las universidades norteamericanas. Tal oportunidad me permitió explorar las ruinas principales del Sudoeste norteamericano, y familiarizarme con los métodos de investigación y preservación de monumentos y especies, lo mismo que con los detalles de laboratorios y excavaciones, adquiriendo a la vez la valiosa amistad de profesores y estudiantes. Sería de desearse que una escuela como ésta, se fundara en Sudamérica.

—¿Y su primera impresión sobre México? ¿El México precortesiano?

—Yo he venido a México, porque siendo profesor de arqueología americana, estaba obligado a conocer este gran museo, y segundo, porque desde hace diez años vengo encontrando en el Perú, al ha-

cer la exploración de su extenso territorio, restos de civilizaciones que tienen cierta semejanza con las de México y Centroamérica, y, sobre todo, al explorar la parte oriental peruana, los valles que se encuentran junto a los Andes, tales como Marañón, Martaro y Urbana, he encontrado restos de construcciones y alfarería, cubiertos de capas aluviónicas que parecen corresponder a un período muy anterior al de las conocidas civilizaciones andinas y de la costa peruana.

Y subrayando el vibrante interés que lo impulsaba para venir a México, el doctor Tello agregó:

—En realidad, yo he tenido mucha curiosidad por ver con mis propios ojos, estudiar los testimonios estratográficos que fundamentan la sucesión cronológica de las diferentes culturas precortesianas de este país.

Y luego me hizo notar el privilegio que para México significa poseer un Departamento de Monumentos que los vigila, conserva y estudia, considerándose el Estado en el deber de dar su apoyo decisivo a las labores de los arqueólogos y etnólogos que trabajan en tal Departamento y que permiten confiar en que la Antropología pronto dará frutos envidiables en México, a fin de poder competir dignamente con instituciones que la enriquecen en otros países, uno de ellos, de sobra sabido es, los Estados Unidos.

El hecho de que el doctor Tello, durante la plática que animadamente sostuvo en la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, el día anterior, me dió pretexto para preguntarle:

—¿Las culturas precolombinas de México son más jóvenes que las del Perú?

—Debo confesar que nunca me he confiado en los escasísimos conocimientos que tengo sobre la civilización mexicana y centroamericana y nunca he creído que hayan existido notorias relaciones entre ellas y las de Sudamérica. Pero al estudiar aquí sobre el terreno y hacer una observación superficial, de carácter verdaderamente especulativo, frente a las colecciones del Museo Nacional, y después de conversar extensamente con algunos de los que más a fondo estudian las antigüedades mexicanas, llego, puedo decir, a la conclusión de que los testimonios relacionados con la antigüedad de las culturas en Sudamérica, son mucho más evidentes o manifiestos que los que sirven de base para determinar, más o menos, la antigüedad de las culturas de México y Centroamérica.

—¿Y ese problema está ya bien planteado?

—No es un problema, son varios problemas que se relacionan íntimamente con la determinación de las diversas culturas, su área de distribución, sus interrelaciones y su sucesión cronológica. No se ha fijado todavía, de una manera definitiva, ese nudo de problemas, y no es posible abordar aún, dentro del rigor científico, la solución de ellos. Pero, en fin, se sigue trabajando, cada día con más empeño y método. Y ya veremos...

—¿Cuáles son, para usted, los otros testimonios que habría que estudiar?

—Este es un asunto muy delicado.

—Muy bien; muy delicado...

—Tengo preparado un trabajo, ya traducido al inglés, que debo revisar antes de publicarlo.

—Pero, ¿será posible vislumbrar siquiera las vinculaciones culturales de América?

—Quizá se logre eso, aunque de una manera provisional, como un ensayo, para poder ver, gracias a los principales testimonios arqueológicos que hasta ahora conocemos, cuáles son esas vinculaciones que, a mi modo de ver, son tanto más estrechas cuanto más se aproximan a los estratos más profundos y, por lo tanto, más antiguos. Aparentemente existe en un primer horizonte cronológico una civilización que parece haberse incubado en los Andes sudamericanos, teniendo por base los grandes recursos económicos que ofrece aquella zona de estudio, especialmente en plantas y animales utilizados por el hombre; y otra, que parece haberse originado en los trópicos, a base de recursos económicos, tales como las maderas, el algodón, el maíz y otras materias primas que son fundamentales en la historia económica.

—Usted no podrá desentenderse, estoy seguro, de los nexos que ha sugerido un grupo de ídolos de oro, encontrados por el doctor Lothrop en un cementerio precolombino de Chiriquí. El fruto de tal investigación, ya conocido a través de uno de los espléndidos opúsculos que edita el Museo del Indio Americano, de Nueva York, nos lleva a la conclusión de que tal orfebrería tiene una semejanza fascinante con las cosas de oro que en el cenote de Chichén Itzá encontró el cónsul americano Mr. Thompson. Y si a esto añadimos las hipótesis que ha ido fundamentando el doctor Uhle, se explica por qué uno se hace la pregunta de que si los mayas tuvieron tratos con los peruanos, ¿por qué los españoles no encontraron aquí la quina y ciertos animales domésticos como la llama?

El doctor Tello, envuelto en brumas de meditación y sin mostrarse avaro de su saber, me contestó:

—Muy bien, aquí lo que yo tengo que decir es esto: si se trata de establecer vinculaciones de parentesco entre México, Centroamérica y el Perú, convendrá tener muy presente, en primer término, si esas vinculaciones son contemporáneas o son meras derivaciones de las civilizaciones centro-americanas, y en segundo lugar, yo diría mejor, recíprocamente, precisar si éstas son derivadas de las primeras.

—¿Y usted qué cree?

—Yo creo, en primer lugar, que hay evidentes relaciones de parentesco entre la obra humana realizada en México y en el Perú; pero la civilización ha sido mucho más antigua allá que en Centroamérica.

—Me gustaría conocer un argumento.

—Verá usted. El hombre en estado todavía salvaje, o sea antes de la era de la agricultura—en la que comienza la civilización en América—, debió explorar o recorrer todo el Continente y establecerse en los lugares que ofrecían condiciones físicas y biológicas favorables a la vida humana; y si se recorre todo este inmenso territorio, me refiero al Continente, encontraremos que los únicos centros, que la única región que ofrece tales condiciones, es la región andina sudamericana.

—¿Y por qué?

—Porque allí se encuentra la cuna de las principales plantas silvestres que dieron origen a las plantas que actualmente se cultivan; porque allí se encuentran los principales animales silvestres que hay en América, que son los que dieron origen a los actuales animales domésticos. Solamente en la región andina, en sus tres grandes zonas—la ex andina, la interandina y la trasandina—hay alrededor de 150 plantas alimenticias que cultiva el hombre; y sólo en esa región existen animales como la llama, la alpaca, la vicuña, el guanaco, que tienen utilidad intrínseca, indiscutible, única, y que han sido aprovechados por el hombre, ya que su carne y su lana son materias primas que podríamos llamar primordiales. Son las “auquénidas”.

—¿Por qué las llaman así?

—Es el nombre de la familia. Esta es la primera, diremos, de las consideraciones teóricas. Pero ahora podemos hablar de la base práctica. Encontramos que una cultura trasandina, la de Chadin, que tiene una extensa área, que se extiende casi desde San Agustín, en Colombia, hasta el Noroeste argentino, ocupando siempre el estrato más profundo, aparece con testimonios claros, aparece con representaciones definidas; y algo así sucede en Centroamérica y principalmente en las culturas tolteca y totónaca, de México.

—Nos hablaba también usted ayer, durante su conferencia, de un tema extraordinario que aporta la mitología en sus formas estéticas.

—Los mismos tipos de alfarería, derivados de los tipos que aparecen en vasijas de madera, y esto es lo curioso, los mismos tipos de ornamentación y figuración, a base de la serpiente de cascabel, de la lechuza, del jaguar, los encontramos en México y en Sudamérica.

—¿Dónde son más complejas esas formas?

—En México. Con lo que quiero decir que en Sudamérica las formas son más sencillas. De un modo general se encuentran en el Perú manifiestas evidencias de las primeras etapas del desarrollo de una cultura que alcanza su madurez en México y Centroamérica.

—Los simbolismos a que usted se refirió al hablarnos de la demonología peruana, no los encontramos sino en ciertos pasajes pictográficos de los mayas. Quizá me atrevo mucho al decir esto.

—Yo he encontrado, además, que ciertas representaciones de dioses y de demonios, que corresponden al arte mexicano y centroamericano, aparecen en el arte peruano, en general.

—Todo esto es de un formidable interés. Y debemos confiar en que estos problemas preocuparán seriamente a los nuevos arqueólogos mexicanos. Usted nos habló ayer de una nueva escuela de arqueología, la mexicana.

—Debo insistir en mi afirmación, porque puede notarse muy bien que hay claramente el propósito de fundarla, desde que se estableció el Departamento de Antropología. Y es esto lo que ha permitido que se forme aquí esa escuela de investigadores y que se conserven, se restauren y luego se estudien los monumentos y, sobre todo, que se haya iniciado el estudio científico de las ruinas, aban-

donando así el empirismo con que se trabajaba en años anteriores. Los estudios antropológicos que se emprenden en México, podemos afirmar que son ya de los más importantes que hay en América.

En la conversación vibran los nombres de Enrique Juan Palacios, Alfonso Caso, Manuel Gamio, Ignacio Marquina, Eduardo Noguera, Miguel Ángel Fernández, poniéndolos a la cabeza de los americanistas más serios que tiene México.

—Gamio—dice el doctor Tello—tiene un gran mérito para mí, es el que ha abierto la brecha de estos estudios científicos en México. A él se debe mucho y su contribución, su preparación, su mexicanismo, no pueden negarse.

Luego el doctor Tello me refiere sus impresiones sobre la visita a Monte Albán, Cholula y Tenuya, y haciendo un comentario a los propósitos que hay en el Museo Nacional para separar las reliquias indígenas de las de la época española, no disimula su satisfacción y considera que es eso lo más oportuno. Y señalando puntos de referencia que para sus estudios han sido admirables, como resultado de sus visitas a varias comarcas arqueológicas mexicanas, precipita la respuesta:

—Diré algunas cosas concretas. Diré que soy partidario de que los estudios arqueológicos sean emancipados, es decir, que no puedan estar bajo el control del Gobierno.

—¿Autonomía completa?

—Esos estudios deben ser una institución autónoma. Y es por eso por lo que actualmente estoy luchando en el Perú. Los hombres de estudio, los hombres de ciencia no pueden, no deben entrar de ninguna manera al campo de la política, ni depender de ésta. Tal es el esfuerzo en que estamos ahora empeñados con la cooperación de algunos norteamericanos que decididamente nos apoyan. Queremos aprovechar la gran experiencia que ellos han tenido. Hay que visitar cualquier establecimiento antropológico en los Estados Unidos para darse cuenta, a primera vista, de cómo se está trabajando allá y con qué cuidado, con qué método científico en todo.

—Sí, los norteamericanos se distinguen, se han distinguido siempre por el rigor sistemático con que trabajan.

—Y lo que es en realidad algo formidable, no lo neguemos, es la labor de Alfonso Caso. Es algo extraordinario lo que este hombre está haciendo. Hemos cambiado impresiones y he podido darme cuenta con detalles, de todo lo que hace. Y es una suerte que esté aún joven, porque ya podemos imaginarnos lo que podrá hacer antes de poco tiempo. Yo creo que sería conveniente asegurar su tranquilidad en toda forma para que no interrumpa sus estudios. A los profesionales como él, hay que librarlos de los vaivenes políticos; porque cuando un hombre de estos adquiere ese grado de experiencia, de cultura, de discreción, debe dejársele por completo con entera independencia, porque la obra científica no se puede hacer sino en una atmósfera de quietud, de comprensión.

Después de comentar con él la labor de otro americanista ya notorio, el señor Noguera, que se distingue por sus investigaciones en la cerámica, el tema se desvió hacia los hallazgos peruanos.

—Le decía yo a usted que aquí no teníamos una cerámica tan lujosa, tan formal, ni que disfrute de tanta fama como la del Perú. A lo que el doctor Tello repuso:

—Lo que allá hemos encontrado y seguimos encontrando en materia de alfarería y de arte textil, es infinitamente superior a todo lo que en esta clase de trabajos se halla en México. Aquí no hay ningún ejemplar de alfarería que pueda compararse con la alfarería de primer orden que tenemos en el Perú. Y lo mismo diré tratándose de los calados, los bordados, la tapicería, que son verdaderamente maravillosos. Pero en cambio, en la escultura, en las representaciones fantásticas de dioses y demonios, en esta especie de complejo religioso—como podríamos decir—no hay nada comparable en el Perú, ya que las obras de arte que en ese sentido quedaron aquí, hacen que esto sea un barroco, si se le compara con aquello, que es mucho más simple, pues llama la atención la complejidad extraordinaria, el lujo de la ornamentación.

—Hablabas usted no hace mucho de Quetzalcoatl, de que Quetzalcoatl empezó siendo en el Perú un monstruo salido de una concha marina...

—Del "Strombis".

—¿Cómo pudo convertirse en la serpiente emplumada?

—Mediante idealizaciones, a medida que el símbolo iba ascendiendo hacia México. Allá en el Perú no tenemos hasta ahora nada semejante al Calendario Azteca. No tenemos ni referencias a los glifos. Esa es una novedad.